

verdadera: *Peccavi tradens sanguinem iusti*. Mostró su arrepentimiento, volviendo, y arrojando el dinero. Pues qué le faltó à esta Confesion? La confianza, dice San Buenaventura. Se confesó, pero desesperando el perdon. Por eso no lo consiguió: *Vera fuit haec, sed tamen impia propter desperationem*. Y porque se alienten, y teman tambien los así desconfiados, oyan este fucefo.

En el Prado Espiritual se refiere, que un gran Ladron, llamado David, Capitan de una quadrilla que le seguia, cometia con ella robos, muertes, atrocidades, y delitos: tantos, que la maldita fama de su nombre tenia llena toda la tierra. Este, pues, en medio de tales maldades, tocandole Dios el corazon, determinó mudar, y mejorar de vida, y para esto se fue à un Monasterio, que florecia en estrechísima observancia. Preguntó por el Abad. Vino este, dixole la resolución con que venia de hacerle Monge. Pero viendolo yá viejo: Anda, le dixo el Abad, que ni tienes yá fuerzas para llevar los trabajos del Monasterio, ni seguir la austeridad que aqui guardan los Monges. Instabale él, y el Abad rehusaba. Pues sabe, le dixo, que yo soy David el Capitan de Ladrones; y si no me recibes, lo primero te hago cargo de mi alma, y además volveré à juntar mis compañeros, y he de afolar, y destruir este Monasterio. Temeroso el Abad, le recibió, y él confesando con gran dolor todas sus culpas, empezó aquella vida tan fervoroso, que era el exemplo de todas las virtudes à los demás Monges. Así havia continuado algun tiempo, quando una vez, estando en su Celda, le apareció un Angel, y le dixo: David, Dios te ha perdonado tus pecados, y de aqui adelante harás milagros. Milagros yo? dixo él: No puedo creer, que Dios me haya perdonado en tan poco tiempo tantos pecados, que son mas, y mas pesados, que todas las arenas del mar. No puedo creerlo. Así? le dixo el Angel. Pues si al Sacerdote Zacarías, porque no me creyó, le dexé mudo, no te he de perdonar à ti tu incredulidad, y así no hablarás yá de aqui adelante. David, oyendo esto, arrojado por tierra, le dixo: Quando estaba en el figlo cometiendo tantas maldades hablaba, y ahora que quisiera ocuparme todo en las alabanzas de Dios me quieres dexar mudo? Pues uno, y otro será, dixo el Angel. Hablarás solo para alabar à Dios, y no mas. Así fue, que para cantar los Psalmos con los demás Monges, y para otras alabanzas de Dios, tenia la lengua libre, y pronunciaba muy claro; pero para todo lo demás del todo mudo, ni una sola palabra podia pronunciar. Ah, desconfiados! Ah, incrédulos de la infinita misericordia, con que Dios perdona en la Confesion los pecados. Sirva de exemplo este castigo: y esté la lengua muda para la desconfianza; pero suelta, y libre para alabar infinitamente aquel gran Dios, que à un verdadero penitente, si hace de su parte quanto alcanza en este Sacramento, en un punto sabe trasladarlo de los mas enormes pecados à

la pureza, à la dicha, y à la dignidad enexplicable de la gracia.

PLATICA XVI.

QUE PARA SER BUENA LA CONFESION, no ha de tener escusas.

A 30. de Abril de 1693.

Para lograr la salud, distingue con gran cuidado la medicina, y señala en la sangria, segun la diversidad de los achaques, la variedad de las venas; pero en la Anatomía del Cielo, sin mas averiguar, para todas las enfermedades la sola vena de la vida está en la boca: *Vena vita os iusti*, nos dice el Espiritu Santo. Mas si en esa vena, no abriendo bien la lanceta, sale la sangre colada, quedandose en lo interior el humor mas grueso, y maligno, no será yá entonces la boca vena de la vida (es así) sino de la muerte; por eso añade: *Os autem impiorum operit iniquitatem*; pero la boca de los impíos esconde, y tapa la iniquidad. Ha de salir, pues, de esa vena con libertad la sangre, para que salga con ella el humor que mata. Pues yá me entenderán: En la boca tenemos la vena de la vida, por donde, sangrandose el alma con la Confesion de sus culpas, ha de lograr la salud eterna. Pero si en esa sangria de la Confesion, en que nos vá, sin mas remedio la eterna vida, salen las culpas como sangre colada, colada, digo, por escusas, defensas, y disculpas, quedandose el humor maligno adentro, qué vida se puede esperar de tal modo de Confesion? *Os autem impiorum operit iniquitatem*. Esto, pues, mostraré ahora, mientras voy diciendo lo que no ha de tener la Confesion para que sea buena. No ha de tener; pues, escusas, defensas, y disculpas. Abra la punta del dolor bien la vena, y saldrán libremente, y sin embarazos las culpas.

Las Confesiones de algunos no son sino confesiones, dice San Pedro Damiano (*Serm. 2. de S. Andr.*) de otros las Confesiones no son sino defensas, y las Confesiones de otros no son sino ofensiones. Parece jugar del vocablo: No es sino llamar con sus propios nombres à las que, debiendo ser Confesiones en lo humilde, en lo claro, en lo arrepentido, no son sino pestes del alma, que con velos de malicia, con rebozos de disculpas, con coberteras de escusas, dexandose en el alma la muerte, disimulan de tanto Sacramento la sanidad: *Vel si qua alia pestes sunt, que obumbratorio velamine tanti Sacramenti simulent sanctitatem*. Por eso nunca mas que en estas Platicas he deseado que me entiendan todos.

Las Confesiones de algunos no son sino ofensiones. Empecemos por aqui. Vienen se algunos à con-

confesar, no de sus culpas propias, sino de las ajenas: confiesan sus culpas, pero con la escusa por delante, de que tiene otro, ò la otra la culpa; pues esa mas es ofension del otro, que confesion tuya; y si no, à dónde ván tantas historias, tantos cuentos ociosos, que no acabamos de desterrar del Confesonario? Acusome Padre, (dexenme explicar con este para los demás) acusome Padre, que yo tengo un compadre, y este compadre tiene una hermana, que es una muger ocasionadísima, de muy mala condicion: yo iba el otro día à vér à mi compadre, porque me cobra unas deudas, que me deben fuera de México, y havia muchos dias, que no me daba nada, con que mi compadre no estaba en casa, y lo huve de esperar. Oh, Dios! y quién ha de esperar todo este cuento? Y en qué para este compadre, estas deudas, esta hermana, y estas historias? Padre, en que yo iba à cobrar lo que es mio, y sobre cobrar lo que es mio, como es tan ocasionada su herniana, me dixo dos mil libertades, y yo la respondí otras tantas: y eso es todo? Sí: pues con decir: Acusome, que tuve una impaciencia grave con una muger, en que nos diximos palabras gravemente ofensivas, estaba dicho todo. Qué necesidad tiene el Confesor de saber si tiene compadre, si tiene deudas, si te pagan, si fuistes, si su hermana es ocasionada? Para qué toda esta historia? Solo para escusar tu culpa, solo para que parezca mas ligera: Y para eso, si el otro no te paga, si la otra es ocasionada? Pues qué? las historias de la muger, echando la culpa al marido, y para eso contando sus culpas? Qué? las del marido, echando la culpa à la muger, los amos las de los criados, y los criados las de los amos? Oh, Confesiones, que no son sino ofensiones! Me parecen estos lo que dicen de los cortabolsas, que hacen una mano de palo, y juntandola con la otra muy devotos, se meten en los concursos, y juntas las manos, parece que están con gran devocion, y con la otra mano, que les quedó libre, registran, y buscan las bolsas ajenas. La culpa del otro en los ojos de Dios, nada ha de minorar la nuestra. Dexó Saúl, contra el precepto de Dios, que le mandó afolar del todo à Amalec; dexó, digo, por su codicia vivos los ganados: y al hacerle el cargo Sámuel: yo? dice, allá el Pueblo fue el que lo hizo, el Pueblo fue, me instaron tanto: *Pepercit Populus melioribus ovibus*. Qué al contrario David, como verdadero arrepentido! quando al vér la mortandad de su Pueblo por la culpa de haverlo contado. Yo soy, Señor, clamaba, yo soy el que pequé, yo soy quien cometió el delito: *Ego sum qui peccavi, ego, qui malum feci*. Esto sí que es traer à la Confesion verdadero arrepentimiento, conocer su propio pecado, y como proprio confesarlo.

Pero otros echan toda la culpa al demonio: Que el diablo me engañó; y yá se ha quexado el diablo mas de dos veces de que le levantan testimonio, y que estandose él ocioso, son ellos los que precipitan. Otros, aun al mismo Dios parece que quieren culpar, por disculparse à sí. Me

dió Dios este natural: *me dicitur* Dios tanta pobreza: me ha dado Dios una muger. Así dixo Adán: *Mulier, quam dedisti mihi*. Y qué querrá decir esta tan necia disculpa? Que tú eres el Santo, y Dios el que tiene la culpa. Quexaronse una vez los Etyopes de que el Sol era quien los tenía con la piel tan negra. Qué bárbaros! Pues no veían que otras naciones, aun mas abatidas del Sol que no ellos, no tienen con todo eso negra la piel, sino muy blanca? Quántos con peor natural, con mas pobreza, con muger mas impertinente, no cometen esas culpas? Para qué es hacer ofension de Dios la que debe ser confesion de tus pecados?

De otros, pues, las Confesiones no son sino defensiones; no parece que vienen à confesar, sino à defender sus pecados. Me acuso, que todo el día estoy en continua impaciencia, echando maldiciones, y rayos; pero es forzoso, porque para gobernar una familia, si no es así, no tienen miedo. Me acuso, que cometí tantos pecados de deshonestidad; pero es tanta mi necesidad, que si no es así, no tengo que comer; y por otra parte me veo tan perseguida, que no me dexan. Oh, Dios! Y si te perseguiéran con un puñal desnudo para matarte, huirías? Ah, escusas! Me acuso, que hago gastos muy superfluos, quitandolo de mis deudos, y de mis hijos; pero no puedo faltar à mi punto, y à mi calidad. Qué defensas son estas, y qué modo de confesar las culpas? Hacerlas mayores, dice San Gregorio; peor es la defensa, que la misma culpa. Iba por una calle Diogenes, quando vió salir un discípulo suyo de una taberna. Detuovose à la puerta el mancebo al punto que descubrió al Maestro, y por vér si se le ocultaba, fuese tirando hácia atrás. Llegó en esto Diogenes, y dixole: *Quanto mas te escondes, estás mas dentro de la taberna*. Qué bien! Por donde te procuras escusar, estás mas dentro de la culpa. Ahora, pues, aqui hay dos cosas, dice San Gregorio, escoge de las dos: *Si te acusas, Deus te excusat: si te excusas, Deus te accusat*. Si tú te acusas desnudamente, conociendo tu culpa, Dios te escusa, reconociendo tu humilde Confesion; pero al contrario, si tú te excusas defendiendo tu culpa, Dios te acusa, condenando tu malicia. Escoge, pues, qual quieres mas; acúsate tú, y que sea Dios el que te escuse; ò escúsate tú, y que sea el mismo Dios el que te acuse? Oíd à David: *Propter nomen tuum propitiaveris peccato meo, multum est enim*. (*Ps. 24.*) Oh, mi Dios! por tu nombre Santísimo te apiadarás de mi pecado, porque es muy grave: *Multum est enim*. Porque es muy grave, mucho grande pecado; por eso le pide al Señor, que se lo perdone. Pudiera alegar David por escusas la violencia de la ocasion, el repentino afalto no prevenido, el no haver caído otra vez, pero nada de esas escusas alega: Yo, Señor, conozco mi pecado, que es muy grave: *Multum est enim*; y por eso mismo, porque así lo confieso, espero de tu

piedad el perdón. Venged la Confesion el arre-
pentimiento que se debe traer, y yo aseguro, que
no haya excusas, rodéos, ni defensas de las culpas,
que quien las aborrece con todo el corazón, (que
eso es arrepentirse) no les buscará defensas.
Por último, de otros las Confesiones, no
son sino confusiones, un modo de palabras estu-
diadas para enmarañar, para que no se haga ca-
páz la Confesion del estado de la conciencia; un
apuntar, y detenerse, pasando muy por encima
de los daños hechos, de los fraudes, de las tram-
pas, de las injusticias. Oh, Dios, y qué almas
tan rematadas para el infierno! De un pez, lla-
mado Calamar, en latin *Sepia*, dice Plinio, que
es muy difícil de pescarlo, porque al echar el an-
zuelo, arroja él de la boca una tinta negra, que
enturbia, y obscurece toda el agua, y así se es-
capa. Pues así no escapan, sino que se ván al
profundo muchas almas en la Confesion, echando
maliciosa tinta, que obscurece lo que debiera aclarar.
Es gravísimo el punto, que toco, esto es
más ordinario en los pecados de injusticia, quie-
ro decir, en aquellos de que nace la obligacion
de restituir, y por eso en estos se buscan frases,
palabras, y modos, con que no entendiendo el
Confesor en qué estuvo el daño hecho al proximo,
no oblique à la restitucion. Pues estos son los que
con especial claridad se deben explicar. Oygan la
Confesion de David: *Delictum meum cognitum
tibi feci, & injustitiam meam non abscondi*. Con-
fésé, Señor, con toda claridad mis delitos, te los
dí à conocer. Y con esto, no parece que bastaba
para una buena confesion? Pues para qué aña-
de otra vez, y no escondí mis injusticias? *Et in-
justitiam meam non abscondi*. Es el caso, que en
todos los demás pecados, que no son contra la jus-
ticia, basta confesar el hecho; juré, no oí Misa,
no ayuné tantas veces; pero en los que son con-
tra la justicia, no basta las mas veces confesar el
hecho; sino que se ha de manifestar el daño, que
de ahí se siguió, la injusticia, que en eso se hizo.
Confiesa el Juez, que recibió un regalo: añade,
que es estilo, que otros lo reciben: *Et injusti-
tiam meam non abscondi*; pero no dice, que por
ese regalo dió la sentencia iniqua, y los daños,
que de ella se siguieron. Confiesa el Letrado el
pleyto que siguió, conociendolo injusto; pero
ponderandolo por muy probable, y no dice las ma-
ñas, las sutilezas, y los malos medios de que se va-
lió para vencerlo: *Et injustitiam meam non abs-
condi*. Lo mismo digo del Escribano, lo mismo del
Mercader, si no explica al Confesor en lo que está
la injusticia. Si solo se manifiesta una accion, que
por sí sola miranda, ò no tiene viso ninguno de in-
justicia, ò como se pinta con las palabras, no ma-
nifiesta, antes esconde en lo que está el ageno da-
ño, que importa que se confiese, si es con esa
maraña maliciosa? Esa no es Confesion, sino
confusion; y será confusion eterna.

Por último, si la excusa que se dá de la culpa,
no es verdadera, y por ella muda el Confesor el

concepto del pecado, la Confesion queda sacri-
lega, porque eso es confesar, y negar à un tiem-
po. Yá me explico: dice uno, me acusó que no
ayuné en dia de precepto; y añade, porque esta-
ba enfermo. Ahora, pues, si ello es verdad que es-
tá enfermo, no hubo culpa en no ayunar; pero
si no es verdad que estaba enfermo, esa excu-
sa falsa niega la culpa del ayuno que dexó; y
así, aunque confesó la culpa de no ayunar, co-
mo la negó luego con la excusa falsa, confie-
sa, y niega à un tiempo, y queda la Confesion
sacrilega; porque el Confesor, al oír decir,
no ayuné en dia de precepto, hace concepto de
pecado mortal; pero al oír luego decir, porque
estaba enfermo, deshace, y quita el concepto de
pecado, y así no queda ese pecado confesado.
Lo mismo digo en el que se acusa de que no ha
restituido la hacienda agena, y añade: porque no
lo he tenido, ni lo tengo. Si esto es verdad, no hay
culpa; pero si no es verdad, oh, Dios! la culpa no
queda confesada; la Confesion queda sacrilega,
porque se confiesa, y se niega à un tiempo mismo.
Hacen estos lo que el Leon, que las huellas que
vá estampando en la arena con los pies, las borra
al mismo tiempo con la cauda.

Y yá, si hacemos concepto como Cathólicos,
de que en la Confesion no hablamos con un
hombre, sino con el mismo Dios; que no le men-
timos à un hombre, sino à Dios mismo: *Non est
mentitus hominibus, sed Deo*, para que son excu-
sas, defensas, disculpas, marañas, si Dios está
mirando hasta los mas escondidos secretos de el
corazon? Qué nos ha de aprovechar andar bus-
cando palabras, con que minorar las culpas? Re-
fiere Surio en la Vida de Santa Lutgarda, (Sur. 9.
à 16. Junii l. 5. inclus.) que un hombre havia co-
metido un muy grave pecado, y muy secreto. An-
daba con grandes congojas, haciendosele difícil el
confesarlo claro, pensando cómo lo confesaría.
Esta batalla traía dentro de su corazon, quando
llegó à su casa un pobre Peregrino. Dióle hospede-
dage de buena gana, y despues de tiempo que
allí estuvo, le dixo el Peregrino: ¿no me ha-
reis un favor, así os libre Dios del cuidado,
que mas os molesta? Tocóle en lo vivo: dixo, sí
lo haré; pues lavadme, os ruego, esta cabeza; sea
en muy buen hora. Traxeron la vasija de agua,
llegó el Peregrino, aprestóse el huesped, inclinó
aquel la cabeza sobre la vasija, y al irlo à lavar,
reparó, que por entre el cabello sobre el cerebro
tenia un ojo bellissimo, y resplandeciente, y
atonito al verlo: ¿hombre, quién eres? le dixo,
que jamás he visto yo hombre con ojos en la
coronilla de la cabeza. Entonces el Peregrino le
dixo: Ese ojo es con el que te veo quando te
parece que inclinada la cabeza no te veo, y ese
es con el que te ví quando cometiste tan en se-
creto aquella culpa, y si yo la he estado viendo,
qué tienes tú que esconderme ahora? Dixo, y
desapareció. Con que lo dexó, despues de muy ato-
nito, del todo yá resuelto à declarar luego su

pe-

pecado en la Confesion. Si Dios, al cometer las
culpar nos está mirando, si nos mira en el pun-
to mismo de confesarlas, para qué son excusas,
fino para condenarse? Confesemoslas con toda cla-
ridad, como están en el alma, como las reconoce
la conciencia, que en eso está el conseguir en este
Sacramento la gracia, prenda de la Gloria.

PLATICA XVII.

DE LA ENTEREZA DE LA Confesion, del todo necesaria para que sea buena.

A 7. de Mayo de 1693.

LO bueno, para serlo, ha de ser por todas par-
tes cabal, que para lo malo basta qualquiera
falta: principio, y máxima tan del todo cierta
en las Escuelas, que no la dexan dudar las repeti-
das evidencias: *Bonum ex integra causa: malum ex
quocumque defectu*. En lo artificial, si en un Re-
lox, una rueda, un diente solo sobrefale, por bue-
no que esté lo demás, todo está malo, pues el Re-
lox se pára, y no sirve: en lo natural, si un poco
de ayre, que es la respiracion, falta, por sano que
esté todo el cuerpo, todo está malo, pues se acaba
al punto la vida. En lo politico, por mas que
la atencion cuidadosa lo prevenga todo, por mas
que todo sobre, si sola el agua falta, todo se pier-
de: en lo militar, por mas que en fuertes muros
se cierran al enemigo todas las puertas, si un por-
tillo solo abierto le dá entrada, mala está toda la
Ciudad, pues se apodera de toda el enemigo: en
lo ingenioso, un verso, à quien falta una sola sy-
laba, ò una sola le sobra, todo él está errado: en
lo entretenido, una cytara, ò vihuela con una so-
la cuerda destemplada, aunque esten las demás
acordes, toda ella disuena. Oh, condicion de lo
malo, que para serlo, le basta qualquiera falta! Oh,
nobleza de la bondad, que lo bueno, que ha de
ser cabal, ha de ser por todas partes entero! *Bo-
num ex integra causa*.

Por esto, aunque en todo es cierto, lo es mu-
cho mas en el que solo es bien, en el bien del alma.
Vimos yá lo que à la Confesion le sobra por
ocioso, lo que no ha de tener por inutil; pre-
guntaránme ahora: pues cómo se hará buena la
Confesion? Respondo en una palabra; será bue-
na, si es entera: *Bonum ex integra causa*. ¿Y qué
quiere decir, que ha de ser entera? Que todos los
pecados mortales de pensamiento, de palabra, ò
de obra, que se hallan en la conciencia cometidos
desde la última Confesion antecedente, todos
se confiesen con claridad, con distincion, sin
que se calle uno solo con cuidado, y de malicia:
porque si un solo pecado mortal se calla, nada
se ha hecho, todo está perdido; y la Confesion,

no quedando entera, queda sacrilega. Quántos
serán esos arcos por donde viene el agua à Méxi-
co? No sé si alguno havrá tenido curiosidad de
contarlos. Muchos son; pues ahora digo: si un ar-
co solo, uno solo, lo quebráran, y lo dividieran,
llegaría el agua acá? Ni una gota. Oh, señor, que
de ochocientos arcos, que están firmes, están sa-
nos los setecientos y noventa y nueve. Sea así; pe-
ro uno solo que falte, no hay agua, ni una gota.
Pues yá me expliqué: quien teniendo en la con-
ciencia veinte pecados mortales, confiesa los diez
y nueve, y calla de malicia, ò vergüenza uno solo,
no entra en el alma el agua de la gracia, la Con-
fesion queda sacrilega, todos esos pecados se que-
dan todavia en el alma, aumentados con un sa-
crilegio. Sirva la ficcion à la verdad. Fingian los
Poetas, que una fierisima serpiente, con quien
Hércules peleó, tenia siete cabezas; para vencer-
la era forzoso cortarle, no solo una, sino to-
das siete de un golpe, porque si le cortaban una
sola, de aquella nacian otras siete; y así Hércu-
les le segó todas siete cabezas de un golpe, con
que quedó victorioso. Pues mucho mejor para las
cabezas de las culpas mortales lo explicó así un
Varon espiritual. Pintó à aquella sierpe con sus
siete cabezas, y pufole por mote: *Aut omnia, aut
nullum*, ò todas, ò ninguna; ò cortarlas todas en
la Confesion, ò si una sola se dexa, volviendo
à renacer las demás en el alma, no se ha corta-
do ninguna: ò todas, ò ninguna. Quánto mejor
nos lo expresan las Divinas Letras; dice S. Agus-
tin. (tom. 4.) Aquel, de quien lanzó nuestro Re-
dentor siete demonios; si lanzára seis, dexando-
le uno solo, endemoniado se quedaba: *Expulit
septem*, dice el grande Agustino: *Expulit septem,
ut omnia crimina, simul ejiciens doceret*. Aquel
que estaba ciego, sordo, y mudo, si lo huviera libra-
do de la sordera, y de la mudéz, no quedaba sano,
pues quedaba todavia ciego; no sabe Dios ha-
cer diminutas sus obras: *Totum hominem sanum
fecit*. La salud, que dá Dios, ha de ser cabal.
Pues para que lo sea en la Confesion la salud del
alma, no se ha de ocultar, ni una sola culpa mor-
tal; porque si una se calla, no hay perdón, ni gra-
cia, nos dice el Santo Concilio de Trento: *Qui
scienter aliquid retinet; nihil divina bonitati per
Sacerdotem remittendum proponit*. (Sess. 14.) Qué
he de traer escarmientos? qué he de citar exem-
plos, que son innumerables los Christianos, que
se han condenado, y se condenan por este ca-
llar desventurado en la Confesion. Aquí es don-
de el demonio pone todos sus esfuerzos, aquí
donde logra sus peores lazos. Bien sabido es el
caso en las Vidas de los Padres. En un dia de gran
concurso de Confesiones, vió un Santo varon à
un demonio, que andaba muy solícito de uno
en otro Confesonario, metiendose por entre la
gente. ¿Qué haces aquí, maldito? le pregun-
tó; y él: Les ando volviendo à estos lo que les
quité. Y qué es lo que les quitastes? y qué lo que
les vuelves? Les quité la vergüenza para pecar;